

Karlic, Estanislao Esteban

Reflexión final

Vida y Ética. Año 9, N° 2, Diciembre 2008

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Karlic, Estanislao E. "Reflexión final"[en línea]. Vida y Ética. 9.2 (2008). Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/reflexion-final-estanislao-esteban-karlic.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

REFLEXIÓN FINAL

S.E.R. Card. Estanislao Esteban Karlic

- Arzobispo Emérito de Paraná (Argentina)
- Doctor en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma)
- Presidente de la Conferencia Episcopal Argentina (1996-2002)

*Ciudad de Santa Fe,
viernes 13 de junio de 2008*

VIDA Y ÉTICA

Cuando yo era un muchacho todavía y pertenecía a la Acción Católica, monseñor Moledo -en aquel entonces padre Moledo- que era un gran Pastor y un gran Maestro, decía que la atención duraba 45 minutos; entonces les pido disculpas si abuso de su atención. Cuando hay gozo, amén del objeto, la atención se despierta, se hace mucho más fuerte; así que muchas gracias por el esfuerzo que ustedes hacen. En este evento se esperaba que hiciera una exposición de clausura, y yo quisiera subrayar las cosas que me han parecido importantes de lo que he escuchado hasta ahora.

En primer lugar diría que estamos necesitados de verdad y certeza. Creemos en la verdad, sabemos que es muy difícil lograrla: es un don de Dios y una tarea nuestra. Estamos llamados a la verdad, no al error y menos a la mentira, pero ¡cuidado!, que la verdad empieza a ser lastimada por la mentira. Entonces, si deseamos entrar al misterio de quien está al final de su vida debemos empezar por no mentir, y de ese modo ya comenzamos a ser fieles a la verdad. No mintiendo seguramente seremos capaces de equivocarnos menos. Entonces ¡qué bien que hayamos querido saber y que hayamos querido estar en lo cierto! Eso también significa que al lado del enfermo buscaremos para él la verdad y la certeza, lo cual es llevarlo a la paz. Pero, como siempre, esa verdad y certeza nuestra, tendrá que contagiarse, porque "prende-

rá" si es que nosotros ya la poseemos, la asimilará según lo que nosotros seamos en principio. De modo que si queremos llevarle la vida tenemos que vivirla nosotros, y vivir su momento en el esfuerzo de que nuestro conocimiento y nuestro amor nos acercan al misterio de esa vida que está "llegando a su plenitud", como decía hermosamente Mons. Sgreccia en este congreso, y como también lo ha querido decir el Prof. Padrón, cuando expresaba que era una vida que "se estaba consumando".

Dicho esto, considero importante destacar algunas de las cuestiones que valen la pena repensar. La verdad nunca se acaba de asimilar. Ante todo, la categoría de "Pascua" que Mons. Sgreccia presenta en su conferencia, y que creo que tendríamos que recoger no solamente para tomar uno de los grandes mensajes del Catecismo, sino uno de los grandes mensajes del Concilio Vaticano II, que acopia una gran riqueza del movimiento bíblico y especialmente del movimiento litúrgico, es decir, del movimiento más interior y profundo de la vida de la Iglesia: la liturgia. Hacemos nuestro el misterio pascual, asimilándolo, sabiéndolo, viviéndolo, para acercarnos a quien está atravesando el misterio pascual de toda su vida en el final de la misma, que debe hacerse don pascual de Dios. Porque nosotros queremos pensar desde el misterio de Jesucristo, en quien se esclarece el misterio del hombre; queremos esclarecer ese momento

del hombre desde Aquel que lo ha vivido en plenitud y desde quien –sólo desde Él– podemos vivirlo nosotros. Creo importante insistir en esta identidad cristiana porque ella –como a Jesús– nos hace más universales si la vivimos de verdad. La identidad cristiana es por esencia universal, no solamente porque abarca a sus correligionarios, sino porque intrínsecamente está llamada a llegar a todo hombre, especialmente al más alejado.

Debe llegar al más alejado por su propia identidad, no dejando su identidad. Entonces, sobre todo en el momento de la comprensión, en el momento de nuestra opción, tenemos que tener muy claro el misterio pascual de Jesús. Ésa podría ser una proposición que sirva de orientación, porque en el misterio de la Pascua Jesús acaba de ser Él mismo, acaba de ser Cristo porque ahí se plenifica su misterio. Él acaba de ser "el Hombre", el hombre nuevo. También quien está muriendo tiene que acabar de ser, porque, como dice san Ignacio de Antioquía en una expresión formidable pensando en su encuentro final con Dios: "*Entonces seré Hombre*", está preparándose para acabar de ser hombre. El que se acerque a quien vive ese momento, ya sea una enfermera, un médico, un sacerdote, tiene que ser un hombre que esté buscando con toda su persona vivir siempre esa identidad. Pero además debe saber que está llamado a vivir ese misterio para ayudar a quien lo necesita. El

enfermo necesita que le den agua, que le den amor, y que por el amor se den a él totalmente; así se puede sentir acompañado en este camino que nunca debe ser solitario.

Me llamó mucho la atención, porque creo que es muy interesante, lo que un expositor dijo y que alguna vez oí en una reunión de latinoamericanos: en el momento en que Jesucristo moría, también acababa de morir su sueño de universalidad, de salvación universal, porque en ese momento terminaba de tocar a cada hombre como Salvador. Tal es así, que en ese momento ya estaba dado como Eucaristía para que por su Pascua finalizaran de ser "pascuales" quienes habían comulgado con Él, quienes habían comulgado su Cuerpo.

Me parece importante decir que hay que estar con ellos, que hay que llevar esta salvación con nuestra cercanía, con nuestro silencio, con nuestra palabra, con nuestros gestos, para que el misterio de Jesús esté allí, ya que Él no se anuncia sino por la verdad de la persona que lo encarna. Así tiene que ser la Iglesia, misterio de Jesús que ya ha sido tocado fuertemente por Su Encarnación, como lo recordaba el P. García; de alguna forma Él ha tocado a todos los hombres y ninguno le es extranjero ni a Él ni al misterio de su Pascua. Debemos acercarnos al que sufre con esa esperanza, acercarnos con el gozo de hacer presente a Jesús Pascual.

VIDA Y ÉTICA

Trato estas consideraciones para iluminar desde el misterio de la Pascua cuanto se ha dicho. "Yo tengo que acercarme para dar a Dios", dice el papa Benedicto XVI, porque el que no da a Dios, da demasiado poco. El "sacramento" de la entrega de Jesús tiene que ser con mi donación, con la entrega de la Iglesia, del creyente, del hermano que, en nombre de Jesús, que es nuestro Hermano mayor, se acerca para anunciarle y comunicarle la vida del Señor que está en nosotros.

Por otra parte, qué pobre es la imagen de la "varita mágica" que pretende hacer espléndido todo lo que toca. Nosotros nos acercamos al enfermo terminal y lo llenamos de Dios, le transmitimos a Dios. Esto es, además, lo que Dios quiere, y si no llega a él algo de Dios es porque quien está al lado mío lo rechaza. Pero si, por el contrario, está bien dispuesto, en ese momento llega Dios para suscitar su disposición a recibir algo de Él, y seguramente más de lo que yo creía.

Si soy un instrumento de transparencia que se verifica por mi fe, por mi esperanza y mi amor, soy instrumento de Dios, y me hago transparente desde mi libertad. ¡Qué encuentro maravilloso! Me recuerda lo que hacía la Madre Teresa de Calcuta, que se acercaba al moribundo para que, antes de morir, lo tocara el amor de la Iglesia, el amor de Jesús en el amor de la Iglesia. ¡Qué maravilla y qué esperanza para nosotros! ¡Qué fortaleza, qué rique-

za acercarnos y saber que Dios obra más de lo que nosotros creemos o pensamos con nuestras propias categorías!

Creo que es muy importante traer una categoría universal para iluminar, vivificar, sostener nuestro encuentro con el que está al final de la vida. Es tan importante saber eso y que siempre podemos darle al muriente algo más de lo que tiene, para ver en ello los signos propios del hombre y no solamente de los cristianos. Propio del hombre es lo que le dice la madre a su hijo cuando le da de comer: "¿Quieres más?". Me parece un signo estupendo de la infinitud del espíritu humano, porque éste siempre quiere más. A los muchachos uno les dice: "El que dice basta, se murió". Uno nunca dice basta antes de morir, sabiendo que aun en la muerte se dice el último: "¡Más todavía!". En la muerte debo decir "más todavía" y Dios me va a donar el poder realizar el último salto, que es el encuentro definitivo con Él. Entonces considero muy importante hacer presente esta cátedra para iluminar nuestro encuentro. La situación del enfermo es una situación pascual. Tengo que acercarme con la Pascua de Cristo en mi pascua, sabiendo que soy nada, que debo renunciar a todo lo que es impedimento, a mi pecado, a mi pereza; tengo que hacer el esfuerzo de no ser ignorante; tengo que pensar para ser coherente; tengo que decir que es el Señor quien habla, quien obra; entonces sí se va a transmitir la Pascua.

Fijense qué cosa maravillosa: la Pascua completó el título de este congreso. No piensen solamente en la vida que se está acabando sino en la vida que cambió y se plenificó en la resurrección. La Pascua es un paso al final de la vida, el paso que lleva a la gloria. De modo tal que podría ser una categoría muy valiosa para que nosotros nos demos cuenta de que queremos que llegue la plenitud, porque Dios está llegando con ella. Llega la plenitud del Señor por su Iglesia, que soy yo, que somos todos.

Si esto es lo que queremos, si está en la conciencia de cada uno y en nuestras posibilidades de actuar, tendríamos que pensar algo que creo -según lo que ha enseñado la Iglesia en estos últimos años con los dos pontífices- consiste en descubrir que el sacramento de la Pascua, estrictamente el del pasaje, es la Eucaristía.

Hemos hablado muy poco de la Eucaristía como viático; hasta le tenemos un poco de miedo. El viático no es la unción de los enfermos, sino la Eucaristía: yo quiero llevarlo a Dios, quiero entregarle nada más que a Dios. Si el enfermo lo puede celebrar, quiero acercarme a él con la celebración de la Pascua sacramental, que es la Eucaristía. Entonces no temamos ofrecerle también la Eucaristía como viático, y creer que el cálculo de la prudencia no es solamente darlo a Él, sino escuchar la promesa de Dios. El cálculo de la realidad más inme-

diata es que él no está solo, porque está Dios que es la primera realidad, como dice el papa Benedicto XVI. Es Dios que se ha prometido, que quiere darse como alimento. Ciertamente habremos de ver cómo está preparado el enfermo, cuál es su disposición para la posible acogida, pero siempre voy a tener un *plus* para el cálculo correcto, porque tiene el *plus* del amor y de la promesa.

Así lo dicen los grandes confesores, y recuerdo en este sentido a un gran confesor jesuita en Córdoba que se acercaba a los enfermos de última hora, y también en el Seminario a un sacerdote español extraordinario. Creamos que nosotros podemos darle a Dios al enfermo para plenificar su vida, más que con los remedios con los cuales queremos sostener su vida. Para mí todo esto ha sido y es muy importante, por lo que era uno de los puntos que quería tratar.

Quisiera terminar diciendo que me doy cuenta de que ustedes, empezando por Mons. Elio Sgreccia, y con los otros expositores, no se han dejado llevar por la banalización de la muerte y por la cultura secularista. Ustedes creen que la vida no se acaba en la muerte, sino que se cambia, se muda, como decimos en la misa para los difuntos. Creo que eso es un gran servicio a nuestra cultura, hablar de la vida eterna, de la esperanza, del absoluto; todos estos son valores que están ocultos en nuestro tiempo.

VIDA Y ÉTICA

Quisiera concluir estas palabras con una referencia a ese gran sacerdote que fue el cardenal Raúl Primatesta, junto a quien pasé muchos años de mi ministerio en Córdoba y a quien tuve la gracia de acompañar en sus últimos días. En un momento en que me acerqué a él, le dije: "Morir habemos". Él guardó silencio unos

instantes. Luego se volvió a mí y me dijo: "No nacemos para morir. Nacemos para entregarnos". Lo dijo con la profundidad característica de toda su vida, y con la verdad de quien está en el momento culminante de su vida. Creo que estas palabras tuyas resumen muy acabadamente el sentido de cuanto se ha dicho aquí.